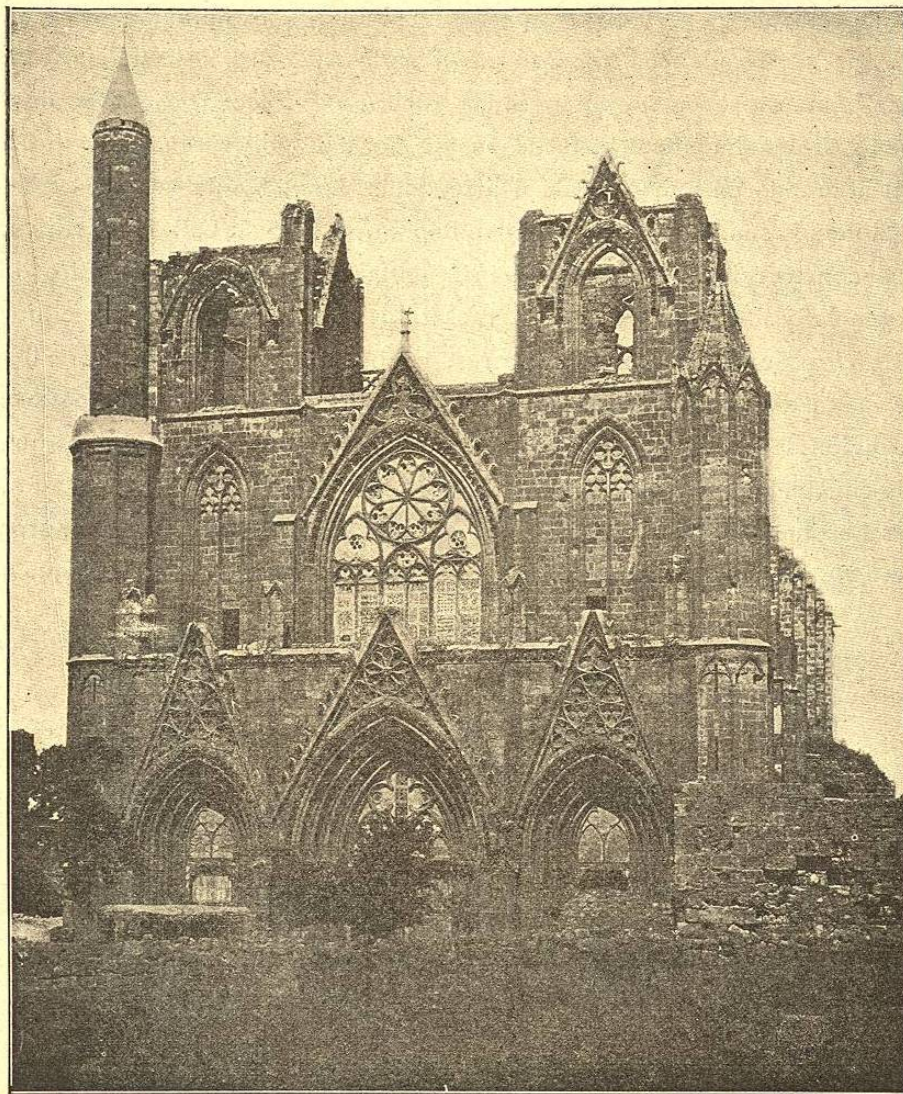


cios similares de Francia; concurren las circunstancias de que fueron construídos en las mismas épocas, en los siglos XIII y XIV, y por arquitectos de un mismo origen que habían recibido la misma educación. La isla de Chipre había llegado á ser una de las tierras europeas más prósperas, gracias al movimiento de colonización que se sostuvo en el curso de más de cuatro siglos que duró la dominación cristiana, y que fué una cosa muy diferente de una simple invasión de aventureros, como sus historiadores supusieron. Y cosa extraña que atestigua bien la diferencia de los medios: esas bellas iglesias góticas de las ciudades chipriotas no tuvieron techos; estaban construídas, como los antiguos templos griegos, para que en sus naves entrara la franca luz del sol¹. En el continente vecino, en el Asia menor y en Siria, los arquitectos franceses levantaron también bellísimas construcciones, observando las condiciones impuestas por el suelo y el clima, pero dejándose influir apenas por el estilo de los constructores islámicos y los recuerdos del arte de los Helenos.

Lo mismo que los municipios, su gran manifestación artística, la arquitectura ojival, contenía en sí los gérmenes de su decadencia, y ese maravilloso estilo que se llamaba especialmente «francés», *opus francigenum*, se extinguió en su patria de origen, trastornada por la guerra de Cien años, mas para continuarse por más tiempo en Alemania, donde halló admirables intérpretes. Aunque el antiguo fervor se hubiese conservado, y aunque los criminales, los presos, los cautivos y los siervos no hubiesen sido obligados á palos á terminar ó á lo menos á continuar unos monumentos que habían sido comenzados como una obra de amor por entusiastas compañeros, el arte ojival debía terminar en muerte natural, por el abuso del esfuerzo y del prodigio. Como por una especie de ironía del destino, la religión, que se decía eterna, trataba de tomar por moradas exclusivas los edificios á los cuales debía forzosamente de faltar la duración. Los templos egipcios y griegos, los palacios romanos estaban construídos para la eternidad, y costaba gran trabajo su destrucción á los demolidores, mientras que las iglesias llamadas «góticas» caen por sí mismas en pedazos, á pesar de los contrafuertes exte-

¹ Camille Enlart, *Société de Géographie de Paris*, sesión del 4 de Diciembre de 1896; *Bulletin*, 2.º trimestre 1897.

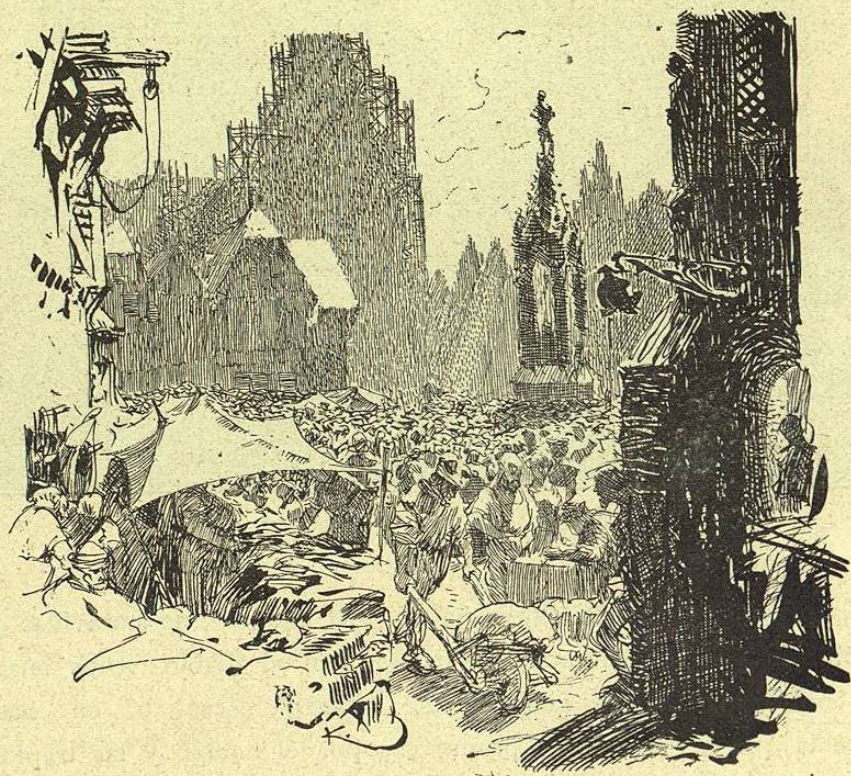
riores que les hacen como un esqueleto de ballenas. Sus ligeras columnitas y sus bóvedas aéreas se elevan con tan inconcebible osadía, que el primer sentimiento de todos los admiradores es el de



CATEDRAL DE FAMAGUSTA, ISLA DE CHIPRE

la inquietud: el pueblo explicaba en otro tiempo esas maravillas del equilibrio por la celebración de pactos con el diablo: Dios mismo no hubiera podido prestarse á ese milagro. Resultaba en consecuencia que los trastornos producidos por el tiempo y las trepida-

ciones del suelo daban en poco tiempo el aspecto de ruinas á esas grandes construcciones insuficientemente afirmadas, y ningún edificio gótico se hallaría en pie en nuestros días, después de una corta existencia de cinco á siete siglos, si no se trabajara constantemente en su restauración. Por otra parte, no fué larga la floración del arte, ya que su decadencia comenzó en el siglo XIV. El Renacimiento no tuvo que reprocharse, como se ha dicho con frecuencia, haber desviado violentamente el arte de su vía normal, porque cuando vino á dar al mundo un nuevo ideal, el arte de la Edad Media ya no existía, ó al menos sus más delicadas flores habían perdido su belleza primitiva. Las construcciones que quedaban á millares con su fiero aspecto de potencia y de solidez, eran los castillos, las murallas, los recintos y las fortalezas. Los constructores, no previendo que el hombre llegaría un día á ser dueño de un nuevo rayo, creyeron edificar para la duración de los tiempos: más empeñados en fortificar sus guaridas que los ciudadanos en continuar las iglesias no acabadas de sus ciudades, los barones sabían levantar, alrededor de sus soberbias rocas, muros verdaderamente infranqueables, excepto á la traición ó al hambre.



LAS MONARQUÍAS. — NOTICIA HISTÓRICA

INGLATERRA. Enrique Plantagenet, hijo de un duque de Anjou y de una nieta del Conquistador, subió al trono de Inglaterra en 1154, dos años después de haberse casado con Alienor de Aquitania, esposa divorciada de Luis VII. La mayor parte de los príncipes de esta familia, reinante hasta 1485, se suceden de padre á primogénito: Enrique II, 1154-1189; Ricardo Corazón de León, 1189-1199; su hermano Juan sin Tierra, 1199-1216; Enrique III, 1216-1272; después los tres Eduardos, reemplazados en 1307, 1327 y 1377. El hijo de este último, el príncipe Negro, murió antes que su padre, por lo que le sucedió el hijo y nieto de ambos, Ricardo, 1377-1399; siguieron tres Enriques IV, V y VI hasta 1461; por último, Eduardo IV, uno de los «hijos de Eduardo», y su asesino Ricardo III, 1483-1485.

ESCOCIA. Larga serie de reyes más ó menos auténticos, de los cuales fueron los últimos Malcolm IV, 1153-1165; Guillermo, 1165-1214; Alejandro II y Alejandro III, 1249-1286; interregno bajo la dominación inglesa que llena la rebeldía de Wallace, ejecutado en 1305. Roberto Bruce levanta nuevamente el estandarte escocés y, vencedor en Bannockburn, reina hasta en 1329; su hijo David alterna con un Baliol; pero desde 1370, los Estuardos toman el poder y le conservan durante más de tres siglos.

FRANCIA. La descendencia directa de San Luis duró poco: Felipe III el Atrevido, 1270-1285; Felipe el Hermoso, 1285-1314, y sus tres hijos, Luis X, Felipe V y Carlos IV, que en junto sólo reinan catorce años. El orden de primogenitura llama al trono á Felipe de Valois, sobrino de Felipe el Hermoso, pero Eduardo III de Inglaterra era, por su madre, nieto del mismo rey, lo que explica la guerra de Cien años. A Felipe VI, 1328-1350, suceden Juan el Bueno, 1350-1364; tres Carlos, el quinto del nombre, el sexto ó el Loco, 1380-1422, y el séptimo, muerto en 1461; después Luis XI y Carlos VIII, que murió en 1498 sin descendencia. Una nueva rama de los Capetos iba á subir al trono.

Las fechas principales de la lucha franco-inglesa, á partir del siglo XII, son: tratado de Perona, 1199; toma de Ruan, 1204; tratado de Chinon, 1214; batalla de Saintes, 1242; tratado de París, 1258; batallas de la Ecluse, 1340; de Crecy, 1346; toma de Calais, 1347; batalla de Poitiers, 1356; paz de Bretigny, 1360; batalla de Azincourt, 1415; alianza anglo-borgoñona en Troyes, 1420; Juana de Arco, 1429; tratado de Arras, 1435; batallas de Formigny, 1450; de Castillon y toma de Burdeos, 1453.